

Una mirada a la sexualidad: Del nacimiento a la pubertad¹

GLORIA MOCK

División de Educación Continua y Estudios Profesionales
Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras

RESUMEN

En este escrito se destaca el proceso sexual humano como experiencia compleja y dinámica cuyos múltiples componentes se entrelazan desde la vida intrauterina a la pubertad hasta completarse en la adultez. La autora señala las etapas y los procesos del desarrollo psico-sexual, incluyendo la identidad del género y el comportamiento erótico, y enumera las experiencias básicas necesarias en las distintas etapas. Sostiene que es innegable la importancia de experiencias sexuales en la niñez para disfrutar de una vida sexual sana y vigorosa en la adultez, y recomienda labor preventiva en distintos escenarios para responder a las necesidades esenciales de la niñez y contribuir al desarrollo integral de su sexualidad. [**Palabras clave:** zonas erógenas, género, desarrollo psico-sexual, hitos de la sexualidad, aprendizaje sexual.]

ABSTRACT

In this article the human sexual process is presented as a complex and dynamic experience whose parts are integrated from uterine life until puberty and are completed in adulthood. It includes the stages and psycho-sexual processes, including gender identity and erotic behavior, and points out the basic experiences needed in the different stages. The author states that one cannot underestimate the importance of sexual experiences in childhood to enjoy a healthy and vigorous sex life in adulthood and, recommends preventive measures in different areas to respond to the essential needs of children and to contribute to the integral development of their sexuality. [**Keywords:** erogenous zones, gender, psycho-sexual development, sexual milestones, sexual learning.]

Las investigaciones de Sigmund Freud expuestas en su pequeño libro, *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad*, publicado en 1905 en Alemania, representan el primer intento de reconocer la presencia del instinto sexual en la niñez. En dicho libro, Freud nos presenta su teoría del desarrollo psico-sexual a partir del nacimiento, con base fisiológica y química, y fundamentada en sus observaciones psicoanalíticas. Destaca la universalidad y la normalidad de la sexualidad infantil y de la niñez en sus distintas manifestaciones y las clasifica y ordena en secuencia. A pesar de las limitaciones y deficiencias del texto y de hallazgos más recientes que invalidan algunas de sus suposiciones, este libro se considera, junto a *La interpretación de los sueños* (1900), como el más fundamental y original trabajo de Freud. La obra presenta una teoría sistemática y coherente que rompe con el mito de la inocencia asexual de la infancia y la niñez.

Freud (1905, 1962) presenta las distintas manifestaciones del comportamiento sexual y amplía las actividades placenteras para incluir otras áreas del cuerpo más allá de los genitales. Estas llamadas zonas erógenas también son expresión del instinto sexual y tienen gran importancia como primeras experiencias de placer sensual en la infancia. Freud reconoce estas expresiones sensoriales que se manifiestan en la infancia y la niñez como válidas y necesarias para el desarrollo de la personalidad y no como cosas perversas y dañinas. Con estos valores como base, en este escrito utilizo distintos modelos del desarrollo de la sexualidad y el impacto de las experiencias de la niñez en la vida sexual adulta. Comienzo con definiciones y una descripción de la sexualidad integral.

La sexualidad: Definición y dimensiones

Al hablar sobre sexualidad me refiero a un concepto amplio y difícil de definir, que incluye aspectos físicos, biológicos, psicológicos, sociales, culturales y espirituales (Reiss, 1986; Weeks, 1998). El Consejo de Información y Educación Sexual de Estados Unidos (SIECUS, por sus siglas en inglés), en su conferencia internacional de 1980, define sexualidad como: "*Todos los aspectos del ser humano que se relacionan específicamente con ser niño o niña, mujer u hombre, y es una entidad sujeta a cambio durante toda la vida*" (SIECUS Report, 1980: 1-2). Master, Jonson y Kolodny (1997), exponen otra definición en que la sexualidad se entiende como una dimensión de la personalidad y no únicamente como la capacidad de respuesta erótica de una persona.

La visión integral de la sexualidad incorpora cuatro dimensiones de la persona: la corporalidad, la afectividad, la racionalidad y la espiritualidad (Izquierdo, 2000). A diferencia de los animales, para quienes la actividad sexual está determinada por la biología y el comportamiento es automático e impersonal, en las personas el comportamiento sexual es libre y la actividad sexual es personal, con sentimientos y por decisión.

La sexualidad humana consiste de las siguientes seis dimensiones: la identidad sexual, el papel del género, el comportamiento erótico, la orientación sexual, los estilos de vida sexual y las creencias, actitudes y valores (Mock y Martínez, 1995). Veamos cada una de estas dimensiones.

(1) La identidad sexual, es el estado psicológico de reconocer que se es de uno u otro sexo, que se es varón o hembra. Aunque la identidad se define por los órganos sexuales externos, se complementa por el sexo de asignación, el cual depende de los mensajes que recibe el niño o la niña desde el nacimiento sobre su sexo.

(2) El papel del género se refiere a las normas o pautas culturales sobre lo que es ser hombre o ser mujer. Nacemos varón y hembra y nos hacemos hombre o mujer.

(3) El comportamiento erótico se refiere a pensar o hacer cosas que la persona auto-define como sexuales. Esta actividad sexual se clasifica según el objeto con que se interactúa y según el tipo de actividad.

(4) La orientación sexual es la atracción o preferencia hacia uno u otro sexo para establecer relaciones afectivas y eróticas, o sea, heterosexual, bisexual u homosexual. Kinsey, Pomeroy, Martin, y Gebhard (1948, 1953) establecen un continuo utilizando los números del 0 al 6 para definir la orientación sexual, atribuyendo al 0 el comportamiento exclusivamente heterosexual y al 6 el comportamiento exclusivamente homosexual ubicando la bisexualidad en el centro.

(5) Los estilos de vida sexual, también conocidos como guiones sexuales (Reiss, 1986), son las distintas formas en que las personas se organizan para cultivar las relaciones afectivas interpersonales y la expresión de la sexualidad. Los estilos de vida tradicionales incluyen la soltería, el matrimonio y el celibato. Finalmente,

(6) las creencias, actitudes y valores, determinan el significado particular que cada sociedad le adjudica a todas estas dimensiones de la sexualidad: a lo que es ser hombre o mujer, a lo que es el comportamiento erótico, a la orientación sexual y a los estilos de vida aceptados. Estas creencias y valores son variados y cambiantes ya que dependen de la época y la cultura particular y, a menudo, son causa de conflictos entre los distintos grupos sociales.

El cúmulo de las creencias, las actitudes y los valores sobre la sexualidad que distinguen a una sociedad de otra se conoce como *la cultura sexual*. En cada época los factores sociales, políticos, religiosos, poblacionales, económicos y otros contribuyen a la cultura sexual y determinan el sentido que se le asigna a

la sexualidad (Reiss, 1986; Weeks, 1998). Nos dice Weeks: “la sexualidad sólo existe a través de sus formas sociales y su organización social” (1998, p. 29). Es esto lo que conocemos académicamente como la construcción social de la sexualidad.

Construcción social de la sexualidad

“La construcción social de la sexualidad comprende las maneras múltiples e intrincadas en que nuestras emociones, deseos, y relaciones son configurados por la sociedad en que vivimos” (Weeks, 1998: 28). La sociedad puertorriqueña tiene sus raíces en la cultura judeo-cristiana, fundamentada en la visión dualista de la vida y el conflicto entre cuerpo y espíritu. Esta ideología limita el sexo a la función procreativa y genera sentimientos de vergüenza y culpa frente al cuerpo y al placer sexual. Por ello, se prohíbe toda actividad sexual entre personas del mismo sexo o que no conduzca a la procreación, como la masturbación o el sexo oral. Esta postura extrema de represión sexual contribuye al tabú del sexo, al silencio y a la desinformación sobre el tema (Mock y Martínez, 1995).

Esta visión represiva tradicional decayó durante las décadas de los sesenta y setenta, cuando quienes participaron de la Revolución Sexual cuestionaron y modificaron las actitudes sexuales, y aparecieron nuevos estilos de vida, tales como: la madre soltera, el sexo recreativo, la bisexualidad, el sexo prematrimonial y la pareja gay. Estas tendencias liberales contrastan con la postura represiva de la Nueva Derecha y la Mayoría Moral, ambas visibles en la década de los ochenta, junto a la aparición del SIDA (Francoeur, 1991). La postura conservadora y las tendencias liberales están en constante conflicto, tanto a nivel personal como social.

Históricamente, las actitudes hacia el sexo se mueven de un extremo a otro, a modo del movimiento del péndulo: de la represión hacia la compulsión. Mientras más extrema la represión, más extrema tiende a ser la compulsión y viceversa. Es lo que he llamado la *sexofobia* y la *sexomanía*. La *sexofobia* rechaza el placer sexual y la *sexomanía* le da una importancia exagerada al sexo como fuente de felicidad. Lo ideal es el término medio, un nuevo paradigma que nos mueva hacia la integración y el balance, desde el cual se acepte el sexo como positivo y se reconozca su dimensión humana integral.

Hoy día, la ideología postmoderna promueve el pragmatismo, el narcisismo y la búsqueda desenfrenada de experiencias (Rolheiser, 2001), lo cual refuerza la búsqueda del placer sexual y la práctica de relaciones sexuales impersonales casuales. La consigna es: *Si te gusta, hazlo y mientras más, mejor*. Esta ideología es el lado del péndulo de la *sexomanía* y se refleja en los medios de comunicación, particularmente la televisión, lo que contribuye a trivializar y comercializar el sexo.

El impacto de la televisión

Cabe destacar el papel protagónico de la televisión en la formación de creencias, actitudes y valores sexuales en la niñez y adolescencia, particularmente por la cantidad de horas en que se expone a los niños y niñas a este medio. Greenberg y Reeves (1976), en sus investigaciones sobre el impacto de la televisión en la formación de creencias y actitudes en la niñez, indican que en la medida en que el contenido de la programación es la fuente principal de información sobre cualquier tema, el niño o la niña va a aceptar esas imágenes como reales. Además, mientras más las juzguen como la realidad, mayor probabilidad habrá de que imiten lo que observan.

En una investigación de las imágenes de la televisión en México y los Estados Unidos (Brito, 2000), se encontró que las personas televidentes están expuestas a contenidos sexuales, incluyendo el sexo explícito, de manera continua a través de los *talk shows*, las telenovelas, los vídeos musicales y la publicidad. Señala Brito (2000) que, en los Estados Unidos, de 14,000 referencias al sexo durante un año, sólo 165 –o sea el 1.7%– presentaba la actividad sexual de forma realista y responsable. La mayoría de las imágenes vinculaban el sexo al humor, a la violencia y al peligro. Por otro lado, la mujer se presentaba como objeto sexual, utilizando ropa provocativa y ejecutando movimientos eróticos para seducir al hombre.

En este ambiente que presenta mensajes tan contradictorios, de un lado el silencio sobre el tema sexual en los hogares y las escuelas, y del otro la continua exposición a estímulos sexuales en los medios de comunicación, los niños, niñas y adolescentes se sienten ambivalentes y confundidos frente al sexo. A menudo, se enfrentan a situaciones de riesgo por la influencia de los pares o por acercamientos inapropiados de parte de personas adultas y no saben cómo manejarlas ¿cómo saber cuál es el comportamiento sexual saludable y cómo tomar decisiones sobre su actividad sexual cuando existe esta confusión? Ante esta realidad, es necesario un proceso para clarificar creencias, actitudes y valores sexuales de manera que tanto los niños y las niñas, como los y las adolescentes, conozcan lo que es la sexualidad sana y eviten ser víctimas de abuso sexual. El hogar desempeña un papel de suma importancia en este proceso de clarificación y aprendizaje sexual, que ha de comenzar desde la niñez.

El proceso de aprendizaje sexual

La sexualidad sana se define como “la capacidad de tener intimidad psicológica y sexual con otra persona y la habilidad de perder el control con la pareja y experimentar el placer sexual profundo en nuestro cuerpo” (Zolbrod, 2000: 19-24). Para lograr la madurez sexual, se requiere además de la madurez biológica, tener experiencias apropiadas consigo mismo y con el padre, la madre

o la persona cuidadora, desde los primeros años de vida. La sexualidad humana, por lo tanto, aunque tiene base biológica, es mayormente aprendida. Esta perspectiva reconoce que el comportamiento sexual humano, a diferencia del animal, está más influenciado por las creencias, actitudes y valores aprendidos que por la biología y la química (Reiss, 1986; Weeks, 1998).

El proceso de aprendizaje sexual o socialización ocurre en los niños y niñas de manera informal por su observación e interacción con padres, pares, vecinos y vecinas y familiares (Roberts, 1980; Singer, 2002). De igual manera, el aprendizaje sexual ocurre formalmente en las escuelas y otras instituciones sociales, así como a través de los programas de televisión, los libros y los juguetes. Aunque comienza en la niñez, el aprendizaje sexual es un proceso de toda la vida y está sujeto a revisión según la persona y la sociedad evolucionan.

Las experiencias en el hogar afectan el desarrollo de la personalidad y la capacidad de establecer relaciones saludables, de tener intimidad emocional y de disfrutar de la sexualidad. Se reconoce que las actitudes conscientes e inconscientes del padre, la madre o las personas encargadas son el factor primordial en la socialización sexual de los niños y niñas (Mock y Martínez, 1995). En el hogar, las personas adultas deben proveer un ambiente familiar en que se reconozca el sexo como un aspecto positivo y en el cual se acepte el cuerpo como fuente de placer. Este aprendizaje en la niñez ocurre, principalmente, cuando los niños y niñas observan la forma como las personas adultas se relacionan entre sí y por la manera como tratan el tema de la sexualidad. El respeto en el trato entre los distintos miembros de la familia y el respeto en el trato hacia los niños y niñas es un aspecto esencial de la sexualidad sana. Por ejemplo, se respeta la individualidad de cada niño y niña al no compararle con otros/as, al no burlarse de su apariencia física o de su manera de ser. El niño y la niña aprenden a respetarse a sí mismos al cuidar sus cuerpos y al relacionarse con personas que los tratan con respeto (Mock, 2000).

En el 2000 se llevó a cabo la “Conferencia sobre el desarrollo de infantes y niños”, en Washington, D.C., en la cual hubo consenso sobre la importancia de la familia para proveer experiencias apropiadas a los niños y niñas para su crecimiento intelectual y emocional. Los destacados psiquiatras pediátricos Brazelton y Greenspan (2000), señalaron como necesidad no-negociable de los niños y niñas que las personas adultas significativas les provean interacción emocional nutricional y sensible desde los primeros años de vida. Estas experiencias son necesarias para desarrollar la capacidad de confiar, de sentir empatía y de tener compasión. De igual manera, el desarrollo emocional requiere que el niño y la niña se sientan capaces de sentir y expresar emociones, y que aprendan a manejar sus impulsos como resultado de la disciplina firme y amorosa. Estas capacidades y destrezas son básicas para el desarrollo de la sexualidad sana, gozosa y responsable.

Muchos teóricos y teóricas reconocen que la expresión de la sexualidad humana incluye la dimensión de los sentimientos amorosos (Boteach, 1999; Reiss, 1986; Singer, 2002). Para Jung (1960) el proceso de desarrollo sexual evoluciona del nivel instintivo, biológico e impersonal hacia el nivel sentimental, psicológico y personal. También se vinculan las experiencias de amor incondicional en la niñez con la capacidad de expresar sentimientos amorosos y sexuales en la vida adulta (Zolbrod, 2000). De tal manera, el aprendizaje sexual necesita incluir las dos vertientes: la capacidad de auto-erotismo y la capacidad de establecer relaciones amorosas.

Algunos autores y autoras (Bradshaw, 1996; Constantine y Martinson, 1981; Zolbrod, 2000) han identificado situaciones específicas que tienen impacto en el aprendizaje sexual. En el libro *Sexo inteligente*, Zolbrod (2000), identifica lo que ella considera como *los hitos del desarrollo sexual*, aquellas experiencias que el niño y la niña necesitan para desarrollar su personalidad y lograr la sexualidad madura en la adultez. Estas experiencias incluyen: desarrollar la autoestima, aprender destrezas sociales, saber manejar el poder y sentirse dueño/a de sí, explorar su cuerpo, e integrar la masturbación y las fantasías sexuales de forma saludable.

Zolbrod (2000) sustenta que si la persona carece de estas experiencias en la niñez, la posibilidad de lograr la madurez sexual y de establecer una relación afectiva y sexual con otra persona se puede afectar. En la adolescencia y la adultez estas deficiencias se manifiestan: (a) al utilizar a la pareja como objeto; (b) al no considerar las consecuencias físicas y emocionales de la actividad sexual; (c) al abusar sexualmente de menores o de personas vulnerables; o (d) al practicar la violencia sexual en citas. De igual manera, la carencia de un aprendizaje sexual saludable puede llevar a la represión de la sexualidad y manifestarse por: (a) la pérdida del deseo sexual; (b) la incapacidad de disfrutar y de tener orgasmos; o (c) hasta la aversión hacia el sexo.

“Una relación llena de amor, cariño y seguridad con la persona de cuidado primaria, usualmente la madre, es la primera prueba sobre el terreno para aprender acerca del amor” (Zolbrod, 2000: 34). Las diferentes formas de relacionarse en la infancia parecen reflejarse en las relaciones adultas. De los resultados de algunas investigaciones (Hazan y Shaver, 1987; Zolbrod, 2000) para ver cómo las experiencias en la infancia se reflejan en la vida adulta se desprende que las personas adultas seguras: a) encontraban relativamente fácil aproximarse a las demás personas; b) disfrutaban de casi todas las formas de contacto físico y sexual, desde el abrazo hasta el sexo oral; c) tenían ganas de experimentar sexualmente, pero haciéndolo en el contexto de una relación estable; y d) no parecían estar dispuestas a involucrarse en aventuras esporádicas o a practicar el sexo fuera de la pareja habitual.

Los eventos traumáticos no-sexuales

Hay hogares donde ocurren eventos traumáticos no-sexuales que afectan de manera negativa la capacidad de desarrollar la sexualidad sana y saludable en la adultez, específicamente: a) la violencia familiar entre cónyuges; b) el alcoholismo; y c) la negligencia y el abuso emocional (Bradshaw, 1996; Zolbrod, 2000).

La violencia familiar entre cónyuges tiene varias manifestaciones, entre ellas los gritos, la agresión física, los insultos verbales y las amenazas de abandono. En mi experiencia de 25 años como terapeuta sexual he tenido situaciones de personas adultas con problemas sexuales, por ejemplo, dificultad para tener orgasmos o sentir insatisfacción con su vida sexual. Al analizar las experiencias de su niñez, a menudo sale a relucir hostilidad y violencia en el ambiente familiar. Al crecer en este ambiente, el niño o la niña desarrolla temor de ser herido/a y se le hace difícil conectar íntimamente con las demás personas. Esta desconfianza contribuye a relaciones afectivas y sexuales superficiales y carentes de espontaneidad. Es lo que se conoce como la “pseudo sexualidad”, la experiencia en la cual los genitales y el corazón están desconectados y la actividad sexual es meramente a nivel físico.

De igual manera, cuando el padre, la madre o la persona encargada son alcohólicos/as, se afecta la salud emocional de los niños y las niñas por el caos, la negación y la violación emocional en la vida familiar. La negligencia y el abuso emocional en la niñez privan al niño o a la niña de sentir empatía de parte de las personas adultas y le llevan a temer el rechazo. En la adultez, se afecta la capacidad de controlar sus impulsos, de confiar en otras personas y de hacer compromiso de pareja. En ocasiones, la persona puede aislarse y, en casos severos, manifestar comportamiento delictivo o autodestructivo (Zolbrod, 2000).

En Puerto Rico, según las estadísticas ofrecidas por el Departamento de la Familia, en el 2004 se reportaron 20,302 familias y 50,227 casos activos de maltrato de menores. Sin embargo, es difícil determinar el alcance real de estas cifras ya que no hay un sistema confiable para recopilar estos datos y muchas situaciones no se informan. Todas estas experiencias de maltrato y negligencia afectan el desarrollo de la personalidad, la auto-estima y la capacidad de relacionarse íntimamente con otros/as.

La sexualidad humana no se limita a la búsqueda del placer y la satisfacción del instinto sexual. El significado esencial de la sexualidad humana, a diferencia de la sexualidad animal, es el encuentro amoroso entre dos personas que se respetan y se entregan mutuamente (Izquierdo 2000). La capacidad de amar y de entregarse es un proceso que comienza con el egoísmo puro en la infancia y evoluciona hacia el amor maduro y desinteresado mediante experiencias positivas

en el hogar. Las experiencias de maltrato son un obstáculo para este proceso. De igual forma, la capacidad de sentir placer físico por la piel y de lograr la excitación hasta el orgasmo también requiere de experiencias específicas en distintas etapas. Es lo que se conoce como el desarrollo psico-sexual, y comienza antes del nacimiento.

Desarrollo psico-sexual

La sexualidad se manifiesta desde la vida intrauterina cuando ocurre la diferenciación del género alrededor de la séptima semana de gestación por la acción de las hormonas prenatales (Masters, Johnson y Kolodny, 1997). Además de las diferencias en los genitales externos –el niño tiene pene y la niña tiene vulva– los sexos se diferencian en las dimensiones cromosómica, gonadal, hormonal y en su genitalia interna. En el nivel cromosómico, el varón tiene XY y la hembra tiene XX; en el nivel gonadal, el varón tiene testículos y la hembra ovarios; en el nivel hormonal, el varón tiene andrógenos y la hembra, estrógenos; en la genitalia interna, el varón tiene el sistema de Wolf y la hembra, el sistema de Muller (Mock y Martínez, 1995).

Se ha documentado la capacidad de sensaciones corporales en los últimos meses del período uterino, específicamente, cuando el feto se chupa el dedo y al tener experiencias de respuesta sexual espontáneas. Esto se ha comprobado por las erecciones y movimientos orgásmicos en los bebés y por lubricación en las bebés (Martinson, 1976; Singer, 2002). Estas experiencias son conductas reflexivas, sin contenido mental, ya que el feto no ha desarrollado aún conciencia de sí.

Desde el nacimiento y durante la niñez, la actividad de auto-exploración y estimulación involucra distintas partes del cuerpo. En su teoría sobre el desarrollo del instinto sexual, Freud (1962) identificó las etapas relacionadas con zonas específicas: a) la oral, b) la anal, y c) la genital. En la etapa oral, al chupar, mamar y comer se sensibilizan y estimulan las membranas mucosas de los labios, la lengua, la boca y las mejillas. En la etapa anal, las sensaciones al evacuar también sensibilizan la mucosa rectal y los esfínteres anales al tener sensaciones placenteras. La etapa genital ocurre cuando el niño o la niña descubre el placer de estimular el glande, el clítoris u otras áreas de los genitales, o sea, se autoestimula.

Hoy día, a más de 100 años después de la publicación del ensayo de Freud, investigadores e investigadoras documentan el comportamiento sensual infantil y hasta prenatal (Kinsey *et al.*, 1948, 1953; Liley, 1972; Martinson, 1974; Singer, 2002; Zolbrod, 2000). A continuación elaboro algunos de los resultados de estas investigaciones, además de los datos sobre desarrollo y comportamiento sexual recopilados por *Planned Parenthood* en San Francisco, California.

Las actividades sensoriales relacionadas con caricias físicas y con el estímulo a los genitales ocurren tan temprano como a los ocho meses del nacimiento. Las caricias afectuosas de parte del padre, la madre o persona encargada, el mimo tierno y el cariño, y los juegos que incluyen contacto físico como saltar a los brazos del padre, o ser mecidos/as en un sillón le enseñan al niño y a la niña que el cuerpo es placentero. El cariño y el contacto físico son la base sobre la que se construye la capacidad de amar y de gozar de la sexualidad. De igual manera, al asociar el cuerpo con sensaciones placenteras se logran estados de calma y relajamiento lo cual permite que el contacto físico culmine en el clímax sexual.

Ya entre los 15 y 16 meses, tanto los niños como las niñas, se involucran en masturbación intencional para sentir placer. Aunque esta actividad no incluye fantasías ya que el placer genital es a modo de reflejos automáticos, la experiencia es importante para desarrollar la imagen del cuerpo, para sentirse dueño/a de su cuerpo y para sentirse cómodo/a con la sexualidad de su cuerpo (Singer, 2002).

La forma en que como el padre, la madre o la persona encargada interactúan con los y las bebés determina, en gran manera, si se asocia el cuerpo con placer o con dolor; si se aceptan las sensaciones físicas placenteras como positivas o, por el contrario, si se crean inhibiciones y ansiedades frente a las caricias físicas. Al bañar al o la bebé y al cambiarle los pañales, se puede estimular suavemente y dar masajes a las áreas de los glúteos, genitales y nalgas, lo cual sensibiliza esas áreas y contribuye a erotizar la piel (Singer, 2002).

Los procesos de orinar y evacuar también le interesan a los niños y niñas alrededor de los tres años y algunos/as pueden exigir privacidad en el uso del baño. Entre los tres y cinco años, la curiosidad natural lleva a los niños y las niñas a mostrar interés en mirar y tocar ciertas partes del cuerpo de las personas adultas, especialmente los senos de la mamá. En esta etapa inician los juegos de doctor o doctora o de papá y mamá y tienden a tocar sus genitales y explorar los de sus pares y simular los movimientos de las relaciones coitales (Planned Parenthood, 1980). La forma en que como el padre, la madre o la persona encargada responden a estas actividades es crucial para crear actitudes positivas hacia el cuerpo y la sexualidad. Al establecer límites y cultivar una actitud de respeto hacia el propio cuerpo y el de las demás personas, se evita crear culpa o vergüenza por la curiosidad natural (Márquez, 2002).

Entre los seis y siete años ya ambos sexos comienzan a conocer sobre el matrimonio, el amor y las relaciones entre los sexos. A menudo hablan de estas cosas sin realmente entenderlas. Pueden desarrollar sentido de pudor y privacidad y no les gusta que otras personas vean sus cuerpos cuando se bañan o están desnudos/as. Es entonces el momento cuando comienzan a repetir

palabras para los órganos genitales y otras actividades consideradas vulgares, aunque a menudo no saben su significado. La curiosidad sexual los lleva a inventarse historias sobre el origen de la vida y la forma como “se hacen” los/as bebés. (Planned Parenthood, 1980). La exposición a imágenes en la televisión que no pueden comprender contribuye a confundirlos aún más (Brito, 2000).

Entre los ocho años y la pubertad las actividades con los pares de su propio sexo son la principal actividad social de los niños y las niñas; no les interesa mucho socializar ni tener mucha interacción con los pares del sexo complementario. Algunos/as en esta etapa han tenido juegos de exploración sexual con sus pares, otros se autoestimulan deliberadamente o buscan revistas o información sobre la actividad sexual para satisfacer su curiosidad. Mantienen secretas su curiosidad sexual y las experiencias de juegos sexuales y no hablan del sexo con personas adultas. Dependiendo del proceso de socialización, la gran mayoría de los niños y niñas pueden sentir vergüenza hacia las partes íntimas de su cuerpo y hacia las sensaciones placenteras al masturbarse (Singer, 2002).

La identidad del género

El aspecto de la identidad del género es un proceso de interacción compleja entre lo biológico y lo social que también requiere un proceso de socialización en el hogar (Martinson, 1976). Este proceso requiere que el padre, la madre o quien cuida al niño o niña acepte el sexo del bebé y ofrezca modelos positivos sobre lo que es ser hombre o ser mujer.

En Puerto Rico, a pesar de los logros del movimiento de liberación femenina, aún existe la desigualdad entre los sexos incluyendo una alta incidencia de agresiones masculinas contra la mujer. En el estudio de López Paláu (1999), se sugiere que el sexismo, que es parte del sistema patriarcal en nuestra sociedad, le adjudica poder al hombre sobre la mujer y le enseña a éste a utilizar a la mujer como objeto sexual. Los niños y niñas internalizan estos mensajes distorsionados sobre el género lo que promueve las relaciones interpersonales conflictivas entre los sexos.

Es importante la madurez emocional del padre y la madre para que no utilicen a sus hijos e hijas para satisfacer sus necesidades emocionales. Hay ocasiones, particularmente cuando hay conflictos entre la pareja, en que se utiliza a los hijos e hijas a modo de chantaje para desquitarse con el cónyuge. En el hogar con experiencias de maltrato emocional o con un ambiente de violencia entre la pareja, el niño y la niña vive estas experiencias como si fueran dirigidas hacia él/ella. En estos casos, la imagen del hombre o de la mujer se percibe como amenazante o peligrosa y la identidad del género como la capacidad de confiar en los hombres o las mujeres puede afectarse negativamente.

El siguiente modelo de identidad del género está basado mayormente en la información del grupo *Youth Specialties*, que divide el proceso en seis etapas con tareas específicas para cada una.

De cero a tres años: el sentido de ser. En esta primera etapa se cultiva el sentido de ser, que está relacionado con la confianza y con la autoestima saludable. La madre es la figura más significativa para sostener una relación consistente e íntima.

De tres a cinco años: la independencia. En esta etapa la figura del padre o sustituto varón es crucial. Desde los tres hasta cinco o seis años, el niño y la niña se independiza de la madre, lo cual requiere la presencia del padre para lograr esa separación. Se deja la seguridad del hogar y se abre a explorar el mundo. Este proceso de separación de la madre es más difícil para el niño que para la niña ya que existe tensión con el padre al competir por la atención de la madre y el niño puede resistir separarse de ella. Los divorcios en esta etapa particular afectan grandemente el proceso natural de separación, pues la ausencia del padre o la poca interacción con el niño o la niña, puede interpretarse como abandono. Es necesario tomar medidas para compensar esta alteración del sistema familiar de manera que no se afecte esta etapa.

De cinco a seis años: la identidad del género. En la etapa de los cinco a los seis años, el niño o la niña comienza a tener mayor conciencia de que pertenece a uno u otro sexo y el niño quiere ser como papá y la niña como mamá. Se manifiestan ciertos rasgos típicos propios de cada sexo: en los niños, juegos bruscos, deportes de competencia, carros y máquinas; y en las niñas cuidar a otras personas, jugar con casas y muñecas y experiencias de socializar y verbalizar. Hay niños/as que se identifican más con la figura del sexo distinto al propio, bien sea porque es su preferencia o porque carece de la figura positiva del propio sexo. Esto puede crear confusión y afectar su autoestima, especialmente si llega a rechazar su propio sexo (Izquierdo, 2000).

De seis a doce años: los vínculos con figuras del propio sexo. En esta etapa los pares son necesarios para la separación psicológica de la figura paterna y materna. Al comienzo de esta etapa las relaciones son con los pares del mismo sexo y se comienza a hacer amistades, a comunicarse con otras personas y a tener relaciones afectivas, no sexuales con los pares. La carencia de estas experiencias positivas, los/as lleva a sentirse aislados y aisladas y sin pertenecer a algún grupo.

La pubertad: La identidad del género. En la pubertad comienza la atracción física y la curiosidad de explorar sexualmente con el sexo complementario. En esta etapa las figuras paterna y materna tienen la tarea de reafirmar la identidad del género. El padre o sustituto hace sentir a la niña atractiva y refuerza su

feminidad –la manera como él se relaciona con ella establece las expectativas de ella respecto a otros hombres. El niño necesita sentir que su madre o sustituta aceptan y afirman su masculinidad. La identidad del género saludable requiere: a) la identificación con la figura paterna/materna del propio sexo –que ésta no sea una figura ni muy punitiva ni débil; y b) la confianza hacia la figura paterna/materna del sexo complementario –que ésta no sea seductiva ni emocionalmente errática. Hoy día, la ausencia de padres y madres en muchos hogares y la falta de tiempo para compartir en el hogar impiden que este proceso se lleve a cabo de manera saludable. Los sentimientos del niño y la niña sobre su propio sexo y sobre el sexo complementario son importantes para sentirse bien consigo mismo/a y para relacionarse armoniosamente con su pareja en la adultez (Zolbrod, 2000). Cuando hay padre o madre ausente o cuando no se tienen relaciones positivas y nutrientes, los niños y las niñas buscan relaciones con sus pares para sustituir el vacío emocional que experimentan en el hogar. Esta situación los/as hace vulnerables a ser abusados sexualmente por adolescentes o por adultos/as, al buscar el afecto a través de relaciones sexuales.

Conclusiones

Estos hallazgos y reflexiones, basados en investigaciones y en la experiencia profesional de la autora como educadora y terapeuta sexual, reafirman que la capacidad de tener una vida sexual saludable, gozosa y responsable comienza desde el momento del nacimiento. La integración de la sexualidad a la personalidad no ocurre automáticamente, requiere de experiencias y procesos en las distintas etapas de la vida, especialmente en el hogar (Bradshaw, 1996; Márquez, 2002; Martinson, 1976; Zolbrod, 2000).

Hay investigaciones que documentan la importancia de que los padres, las madres o las personas encargadas reciban información sobre cómo hablarle a sus hijos/as sobre la sexualidad (Kyman, 1995). Según la experiencia de la autora en tertulias en escuelas privadas y públicas, muchos/as padres y madres carecen de información sobre el tema y se sienten incómodos/as para hablar del mismo en el hogar. Esto afecta su efectividad como educadores y educadoras sexuales de sus hijos e hijas.

En el 2003, en reuniones con padres y madres del Proyecto Piloto Educando para el amor en 15 escuelas públicas de nivel intermedio, la mayoría de los y las participantes expresaron que carecían de tiempo para interactuar con sus hijos e hijas y que tenían dificultad para hablar sobre el tema de la sexualidad (Muñoz, 2003). Como consecuencia, los niños, niñas y adolescentes carecen de información correcta y de destrezas para manejar su sexualidad de forma responsable. Estas deficiencias de la niñez y adolescencia se arrastran hasta la

adultez, a menos que la persona las trabaje con terapia psicológica (Bradshaw, 1996; Márquez, 2002). Ante esta realidad, cabe preguntarnos:

1. ¿Ofrecen los hogares y lugares de cuidado el ambiente para proveer experiencias nutritivas necesarias para el desarrollo de la personalidad de niños y niñas?
2. ¿Cuánta información correcta sobre sexualidad reciben los niños y las niñas, tanto en el hogar como en otras instituciones sociales, como la escuela y la iglesia?
3. ¿Existen políticas públicas y programas gubernamentales para fortalecer y apoyar el desarrollo psico-sexual de la niñez puertorriqueña?

A pesar de esfuerzos realizados por agencias gubernamentales, como el Departamento de Educación para contrarrestar los embarazos en adolescentes y el Departamento de la Familia para prevenir el abuso físico y emocional en el hogar, la niñez puertorriqueña se involucra en comportamiento sexual de riesgo. Las estadísticas del Departamento de Salud sobre infecciones de transmisión sexual, embarazos no deseados y la infección del VIH de esta población hablan por sí solas.

La tasa de divorcios y la fragmentación de la familia puertorriqueña a menudo privan a los niños y las niñas de experiencias nutritivas en los primeros años de vida, tan necesarias para su desarrollo psico-sexual. Como consecuencia, esta población está en riesgo de ser manipulada por personas inescrupulosas y mentalmente enfermas, tanto en la niñez como en la adolescencia. Es necesario un proceso terapéutico para subsanar las deficiencias de la niñez y evitar problemas relacionales y sexuales en la adultez (Bradshaw, 1996; Zolbrod, 2000).

Recomiendo las siguientes cinco áreas de investigación y acción para fortalecer el desarrollo psico-sexual de la niñez y prevenir los problemas sexuales en nuestra sociedad:

1. Capacitar a los padres y madres para que puedan crear un ambiente en el hogar que promueva el desarrollo psico-sexual de los/as hijos/as;
2. Investigar los lugares de cuidado, tipo *Head Start*, para determinar si operan con el personal adecuado y debidamente capacitado para satisfacer las necesidades de interacción nutritiva de niños y niñas. La formación del personal es esencial para promover actitudes sexuales sanas y proveer información correcta sobre la sexualidad;
3. Crear programas de educación sexual con la visión integral y formativa en las escuelas, desde *kinder* hasta Escuela Superior, para colaborar con la familia y promover actitudes sexuales saludables;
4. Observar programas de la televisión, para ejercer presión y evitar la

proliferación de imágenes sexuales ofensivas a la mujer y que trivializan y comercializan el sexo; y

5. Revisar las leyes y políticas de las agencias privadas y gubernamentales para extender la licencia por maternidad, y para incluir en ésta al padre, durante los primeros 18 meses de vida del/la infante.

Concluyo con la cita del maestro espiritual Krishnamurti (1993): “Es porque no amamos que el sexo y la búsqueda de sensaciones se han convertido en un problema agotador”. Esta labor educativa que enfrentamos como sociedad y como individuos es inmensa y de gran pertinencia para la salud mental y sexual de nuestra sociedad. Si las personas adultas no estamos conscientes de los patrones de pensamiento y los valores distorsionados sobre la sexualidad que hemos internalizado, no podemos ser efectivas al educar a nuestros niños y niñas.

NOTAS

1. La autora desea agradecer a Edna Acosta Pérez por la revisión y ayuda técnica con este documento.

REFERENCIAS

- Boteach, S. (1999). *Kosher sex*. New York, N.Y.: Main Street Books.
- Bradshaw, J. (1996). *Volver a la niñez*. México D.F., México: Selector.
- Brazelton, B.T. y S. I. Greenspan. (2000). *The irreducible needs of children*. New York, N.Y.: Perseus.
- Brito, A. (2000). Y en medio de nosotros, mi tele como un Dios. *Modemmujer: Red de comunicación electrónica*. Boletín electrónico accedido el 7 de septiembre 7, 2000 en <http://www.modemmujer.org/>

- Colton, H. (1977). Touch: it's as vital as food. *Forum*, diciembre, 30-34.
- Constantine, L. y F. Martinson. (1981). *Children and sex: New findings, New perspectives*. Boston, Massachusetts: Little, Brown & Co.
- Francoeur, R. (1991). *On becoming a sexual person*. New York, N.Y.: Macmillan Publishing Co.
- Freud, S. (1900). *The interpretation of dreams. The Standard Edition of the Complete Psychological Writings (1953-1974)*. Londres, Inglaterra: Hogarth Press.
- _____. (1962). *Three essays on the theory of sexuality*. New York, N.Y.: Basic Books.
- Greenberg, B. y B. Reeves. (1976). Children and the perceived reality of television, *Journal of Social Issues* 32 (4): 86-97
- Hazan, C. y Shaver, P. (1987). Romantic love conceptualized as an attachment process, *Journal of Personality and Social Psychology* 52: 511-524.
- Izquierdo, C. (2000). *Sexualidad y afectividad juvenil*. Caracas, Venezuela: Paulinas.
- Jung, C. G. (1960). *The collected work on psychic*. Princeton, London: Bollingn Series XX.
- Kinsey, A., W. Pomeroy, y C. Martin. (1948). *Conducta sexual del hombre*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Siglo XX.
- _____. y P. Gebhard. (1953). *Conducta sexual de la mujer*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Siglo XX.
- Krishnamurti, J. (1993). *La educación y el significado de la vida*. Lomas de Chapultepec, México: Editorial Orión.
- Kyman, W. (1995). The first step: Sexuality education for parents. *Journal of Sex Education and Therapy* 21 (3): 153-157.
- Liley, A. W. (1972). The fetus as a personality. *Australian-New Zealand Journal of Psychiatry* 6: 99-105.
- López Paláu, I. (1999). *Violencia contra la mujer*. San Juan, P. R.: Ediciones Lego.
- Márquez de Alcalá, C. (2002). *Aprendiendo con inteligencia emocional*. Hato Rey, Puerto Rico: RAICES, Corp.
- Martinson, F. M. (1974). *Infant and child sexuality: A sociological perspective*. St. Peter, Minnesota: The Book Mark.
- _____. (1976). Eroticism in infancy and childhood. *The Journal of Sex Research* 12: 251-262
- Masters, W., V. Johnson y Kolodny, R. (1997). *La sexualidad humana*. Barcelona, España: Grijalbo.

- Mock, G. (2000). *La educación sexual en la niñez: Una visión integral y formativa*. Aguas Buenas, Puerto Rico: Producciones ANISA, Inc.
- _____ y W. Martínez. (1995). *Sexualidad: Sus conceptos básicos*. Río Piedras, Puerto Rico: Editorial Cultural.
- Muñoz, G. (2003). *Evaluación externa del Proyecto Piloto de educación sexual Educando para el amor*. San Juan, P.R.: Documento inédito.
- Planned Parenthood. (1980). How children learn about sex. Franklin Street, San Francisco, CA. (Documento mimeografiado).
- Puerto Rico, Departamento de la Familia (2004). Informe anual de la Administración Auxiliar de Auxilio y Protección Social: Movimiento de referidos y casos de protección social a menores. San Juan, Puerto Rico: Autor.
- Reiss, I. (1986). *Journey into sexuality: An exploratory voyage*. Englewood Cliffs, New Jersey: Prentice-Hall, Inc.
- Roberts, E. (1980). *Childhood sexual learning: The unwritten curriculum*. Cambridge, Massachusetts: Ballinger Publishing Company.
- Rolheiser, R. (2001). *The shattered lantern*. New York, N.Y.: A Crossroad Book.
- Sex Information and Educational Council of the U.S. (SIECUS). (1980). *SIECUS Report*. New York, N.Y.: Autor (September).
- Singer, M. (2002). Childhood sexuality: An interpersonal-intrapsychic integration. *Contemporary Sexuality* 36: 1-7.
- Weeks, J. (1998). *Sexualidad*. Ciudad Universitaria, México: Editorial Paidós.
- Youth Specialties. (2005). <http://www.youthspecialties.com/>. Accesado el 20 de noviembre de 2005.
- Zolbrod, A. P. (2000). *Sexo inteligente*. Barcelona, España: Paidós.